

te, afirmada y sostenida a duras penas, de las propias pasiones, de los propios impulsos, de algo muy nuestro, que ha sido elevado, en esta poesía, a categoría artística, a valor formal, con carne de la propia carne, con substancias propias, iniciando, con ello, nuevas formas poéticas y descubriendo un nuevo fondo de emotividad poética propiamente americano. Y, aunque sea de paso, permítame hacer una aclaración: estos casos que le cito de poesía americana, pertenecen, todos ellos, a un género de literatura pura: yo creo que el arte debe cumplir, sin desdeñar sus valores formales o estéticos, una misión social, pedagógica, pero esto no impide que, en cuanto a sus posibilidades estéticas, deje de apreciar en aquellas un *substractum*, una substancia, una emoción americana.

Y he visto también palpitar este espíritu, en la nueva pintura mexicana: en Diego Rivera, y también, acostumbrémonos ya a esa pluralidad al hablar de la pintura mexicana, en José Clemente Orozco, en Fernando Leal, en Fermín Revueltas. Y también, perdónenme usted y otros que puedan leerme esta que podrá antojárseles flagrante herejía estética, en la obra bárbara, desbordante de pasión y de ímpetus, y por lo mismo confusa, desde un punto de vista artístico, de los muchachos de las escuelas libres de pintura, saturadas de espíritu racial,—no de color local,—de una enorme fuerza expresiva, y, créalo usted, de un nuevo sentido formal y de una nueva recursiva plástica, propiamente americanas. Tengo profunda y arraigada fe en que cuando esta obra, como así ocurre ya, vaya elevándose a categoría artística, a expresión formal, ha de surgir y surge no solo un arte de substancia mexicanísima, sino, al propio tiempo, de forma y plástica mexicanísimas. O sea, una manifestación de ese espíritu superior de orden, de armonía, de humanismo, a que usted aspira.

Creo que la interrogante capital

para el nuevo arte americano, y especialmente para la nueva poemática, es saber si las formas artísticas y poéticas tradicionales, consagradas y en uso, son capaces de expresar y traducir las sensaciones y emociones de un hombre de nuestro siglo y de nuestro continente. De acuerdo con usted en que la poesía es, fundamentalmente, por principio, un arte de formas: pero ¿qué formas?: ¿las tradicionales? ¿o bien dando un margen de libertad para la creación de nuevas formas poéticas? ¿dando a la poesía nueva un amplio margen de posibilidades, de acuerdo con las emociones que pretendan expresarse, u obligándola a moverse dentro de las formas poéticas ya consagradas? En cuanto a la pintura de los muchachos indígenas de que le hablaba, puedo decirle que hay en ella, indudablemente, no sólo una auténtica originalidad emocional, sino, también, una nueva recursiva expresiva, que es como decir, nuevas posibilidades estéticas y formales, auténticamente americanas. Creo que lo propio habrá de ocurrir en la poesía.

Interminable se haría esta carta, de seguir paso a paso la de usted, rica en sugerencias y tentadoras incitaciones. Permítame, pues, que cierre por donde comenzaba. Creo que entre usted y yo, ávidos del mismo afán, impulsados por la misma fe, por el futuro indoamericanismo y por el surgimiento de un arte indoamericano, existe una diferencia esencial de actitud: Usted se maravilla ante el resultado formal de una cultura, en el producto, en las soluciones, por cosas hechas y consagradas: yo, en las posibilidades, en la gestación, en el esfuerzo, en la realización. Creo que en su admiración y culto por el genio grecolatino y por el occidente, hay, en el fondo, una fervorosa admiración estética. Usted admira el fruto, pero ¿cree usted que esa perfección, ese orden, esa armonía supremas, son virtudes constitutivas e iniciales del genio grecolatino y occidental, o son